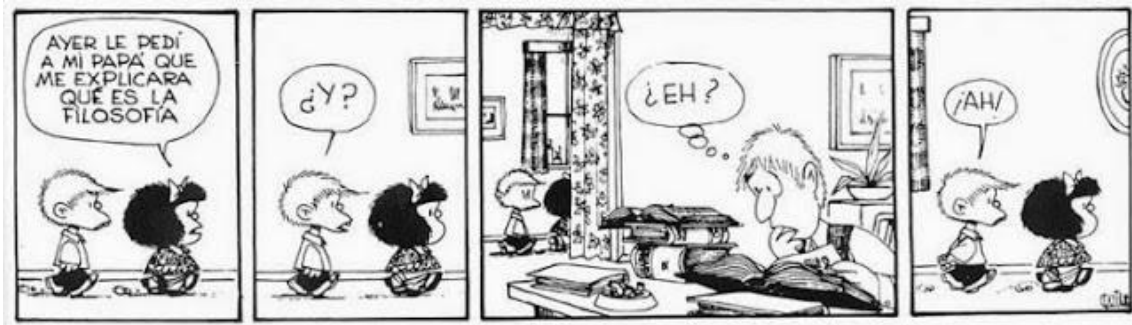


¿Qué es la Filosofía?

1.- La actitud filosófica

Qué es y en qué consiste la filosofía es, paradójicamente, uno de los temas más controvertidos de la propia Filosofía, pues cada autor tiene su propia idea al respecto. Vamos a intentar, a pesar de ello, aclarar un poco este concepto.



En primer lugar, acudiremos a la etimología. La palabra “Filosofía” se compone de dos términos griegos “*filo*” y “*sofía*”. “*Sofía*” significa “sabiduría” y “*filo*” significa “atracción”, “gusto”, “tendencia hacia”, “amor hacia”; “*filia*” es lo contrario de “*fobia*”, como “*fobia*” significa “rechazo”, “*filia*” significa “atracción”.

Así pues, “Filosofía” significa “atracción por la sabiduría”, “amor hacia la sabiduría”, en definitiva, “búsqueda de la sabiduría”.



Pitágoras

El origen de la expresión se atribuye a Pitágoras, uno de los grandes pensadores de la antigüedad, el cual, a la vuelta de sus viajes a través de Egipto, Persia y la India fue interrogado por Leonte, a la sazón tirano de Fliunte, el cual, admirado por la fama que Pitágoras había adquirido como hombre de inmensos conocimientos, le preguntó por su sabiduría, a lo cual Pitágoras respondió que él no era un *sophós* (sabio), sino más bien un *philos-sophos* (filósofo), es decir, alguien que busca la sabiduría.

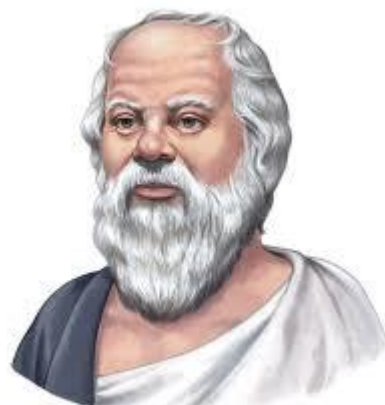
Leonte quedó maravillado por esta nueva palabra y quiso saber más sobre ella, y sobre lo que distingue a los filósofos de los demás.

—La vida —le explicó Pitágoras— es como los Juegos Olímpicos, donde acuden tres tipos de personas distintas: los atletas, que compiten por la gloria de algún premio; los comerciantes, que van con la intención de comprar y vender; y los espectadores, quienes sólo asisten para ver los juegos, siendo indiferentes a los aplausos y al lucro. Así es el mundo, unos buscan la fama y otros el dinero, pero un tercer grupo se dedica a la contemplación de la naturaleza, por amor a la sabiduría. Este último es el de los filósofos.

Esta es la actitud que caracteriza a la Filosofía, la de aquel que alejado de la pretenciosidad de los sabiondos mantiene la capacidad de asombrarse ante los misterios del mundo, se plantea dudas, reconoce su propia ignorancia e inicia el camino de la búsqueda para tratar de entender

mejor la realidad que nos rodea, la vida y a uno mismo; abierto siempre a nuevas y mejores explicaciones, es tolerante, permeable a la crítica y está atento a las opiniones ajenas.

Cuentan que en una ocasión el oráculo de Apolo señaló a Sócrates, otro importante pensador de la antigüedad, como el hombre más sabio de Grecia. Perplejo ante la sentencia del oráculo, pues por un lado no veía en sí nada que pudiera justificarla, pero por otro no osaba desmentir la palabra del dios, inició una investigación dirigiéndose a todos cuantos hombres sabios pudo llegar para preguntarles acerca de su sabiduría. Él mismo contaba que había sufrido una gran decepción al comprobar que a poco que profundizase en los temas, todos sucumbían ante sus preguntas incisivas, dejando en evidencia que poco o nada sabían de lo que mejor creían conocer. De modo que finalmente llegó a la conclusión de que efectivamente el oráculo tenía razón y él era más sabio que todos ellos pues “sabía que no sabía”, mientras los demás, creyéndose sabios, desconocían hasta su propia ignorancia.



Sócrates

La actitud filosófica, por lo tanto, comienza con la duda, con el reconocimiento de la propia ignorancia, con la conciencia de que las cosas no son lo que parecen a una mirada superficial, con el asombro ante los misterios que plantean nuestras observaciones; comienza cuando nos hacemos preguntas y buscamos una explicación.



El hombre primitivo que, en la oscuridad de la noche, sentado a la entrada de la cueva, se preguntaba qué eran esos puntos de luz, adoptaba ya esa actitud. Por eso podemos decir que la actitud filosófica se origina con la aparición del ser humano, con la curiosidad que le caracteriza y que le acompaña toda su vida.

Otra cosa es cuál sea el tipo de explicaciones que le satisfacen. Los distintos tipos de explicación, así como el proceso de elaboración de las mismas acarrearán notables diferencias a partir de las cuales podemos establecer diversos tipos de conocimiento. Uno de estos tipos es el que denominamos “Filosofía” como disciplina académica, que es el objeto de esta materia. Esta disciplina tiene un origen en el tiempo que es relativamente reciente y desde luego muy posterior a la aparición del ser humano; para determinar en qué consiste esta disciplina vamos a realizar un recorrido por la historia de la humanidad distinguiendo los diversos tipos de explicaciones, incluida la que caracteriza a la Filosofía. A continuación mostraremos el camino que recorre la Filosofía hasta que de ella surgen y se desgajan las ciencias para, finalmente, tratar de aclarar la función que se reserva a la filosofía en la actualidad.

2.- Acerca de la explicación.

La búsqueda de una explicación es la consecuencia lógica de una pregunta. Si no nos hiciéramos preguntas no indagaríamos para encontrar las respuestas. Las preguntas son realmente valiosas porque incitan a la investigación, hasta el punto que la importancia de muchos de muchos autores para la historia del conocimiento radica no tanto en las explicaciones que proporcionaron sino en la proposición de alguna pregunta nueva o en una nueva manera de plantear viejas preguntas.



Explicar (acudimos de nuevo a la etimología) viene del latín *explicatio*, que significa “desplegar” o “desenvolver”; se trata, pues de des-cubrir lo que estaba oculto en el interior de algo. Heráclito, otro gran pensador de la Antigüedad griega, decía de la verdad que “gusta de ocultarse”. La verdad está oculta, se esconde tras las apariencias. Las cosas no son lo que parecen, a poco que nos preguntemos se nos manifiesta un misterio en las cosas aparentemente más simples, superficialmente más obvias. ¿Cómo puede la luz atravesar los objetos transparentes? ¿Por qué la Luna no se cae y una manzana sí? ¿Puede la materia partirse indefinidamente conservando sus propiedades? ¿Dónde termina el espacio? ¿Cuándo comenzó el tiempo? ...

Sean cuales sean, nuestras preguntas surgen siempre de la observación curiosa; Percibimos algo y nos preguntamos por su porqué.

¿Y las explicaciones? ¿Proviene también de la observación? La respuesta es, no (casi nunca). La observación nos plantea preguntas, pero no nos proporciona la solución; ésta surge en nuestro interior, en nuestra mente. Ni la atracción gravitatoria, ni las ondas gravitatorias, ni los electrones, ni las células, ... fueron percibidos o siquiera detectados antes de que alguien postulara su existencia; tampoco los dioses o los valores morales se pueden percibir. Explicar un fenómeno consiste en construir en nuestra mente una realidad hipotética que pudiera dar cuenta del fenómeno en cuestión. Si la explicación nos satisface (más adelante veremos las condiciones que exigimos a una tal satisfacción) damos por válida la realidad que nos hemos inventado y, a partir de ese momento, pasa a formar parte de nuestro mundo “real”.

3.- Tipos de explicaciones

3.1 Explicaciones pre-filosóficas

Para construir en nuestra mente nuevas realidades recurrimos con frecuencia a modelos conocidos, como las primeras explicaciones de la estructura del átomo que utilizaron el modelo planetario, o como cuando explicamos el funcionamiento del cerebro recurriendo al símil del ordenador.



3.1.1 Hilo zoísmo

El primer modelo de explicación que utilizó la humanidad probablemente fue el suyo propio. Los primeros hombres, así como las tribus primitivas, aplicaron a todas cosas el modelo de sí

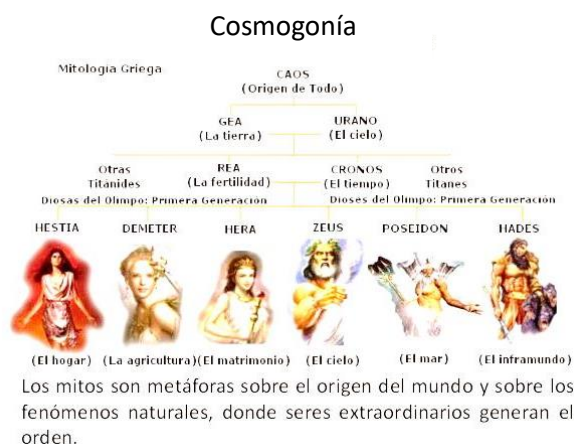
mismos y les atribuyeron cualidades humanas como la voluntad, surgiendo así los cultos totémicos. Este tipo de explicaciones se caracterizan por su hilozoísmo (del griego *hyle*, que significa “materia” y *zoé*, que significa “vida”); consideran, en efecto, que la vida es una cualidad de la materia, que todo está vivo, de ahí que se preocupen por contentar a todo su entorno mediante la realización de ciertos ritos, así como de evitar el enfado o incluso la ira de cuanto les rodea mediante las prohibiciones “tabúes” de todo aquello que pueda incurrir en su desagrado.

3.1.2 Mitología

La mitología, vigente en el período de la Grecia Arcaica anterior al surgimiento de la Filosofía, seguía también el modelo del ser humano, aunque no lo aplicaba a toda la realidad sino a un mundo inventado que estaba compuesto por dioses, seres sobrenaturales imaginados semejantes a los seres humanos, por tanto con sus mismas virtudes y sus mismos vicios, aunque, eso sí, con ciertas características que los diferenciaban de ellos, en especial la inmortalidad (los griegos se referían con frecuencia a los humanos, distinguiéndolos de los dioses, con el calificativo de mortales). Los dioses estaban también dotados de un mayor poder, una mayor energía física que los hacía superiores a los hombres, los cuales estaban expuestos a la voluntad de los primeros, de la cual dependían.

To lo que ocurría en el mundo de los hombres era explicado mediante el recurso a los dioses, desde un fenómeno físico o natural (la dirección que seguía una flecha, una tormenta), hasta el transcurrir de una vida (*“En los umbrales del palacio de Zeus, nos cuenta Homero por boca de Príamo, hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están las desgracias y en el otro las suertes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe*

desgracias, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres”); desde la aparición del ser humano (mitos antropogénicos) hasta el surgimiento del bien y el mal (mitos morales); desde la fundación de una ciudad (mitos fundacionales) hasta el fin del mundo (mitos escatológicos); desde el origen del mundo (mitos cosmogónicos) hasta el origen de los propios dioses (mitos teogónicos).



Frente a ese poder sobrenatural solo conviene la sumisión, la aceptación obediente de sus designios, la adulación para atraer su simpatía, el sacrificio para implorar su perdón. Surgen así los ritos, ceremonias dirigidas a conquistar el favor de los dioses y lograr su benevolencia. La naturaleza aparece aquí como algo incierto e inseguro, sometido a la voluntad arbitraria de los dioses que, concebidos a semejanza de los humanos, se conducen guiados únicamente por sus sentimientos caprichosos que incluyen la compasión y la ira, la venganza, el resentimiento, la envidia, la compasión, en fin, todo el elenco de vicios y virtudes característicos de los seres

humanos que les hace volubles e impredecibles; en un mudo así reina la incertidumbre, la incoherencia e incluso la contradicción, de ahí que los mitos solo se construyan después de que hayan ocurrido los hechos que pretenden explicar (*a posteriori*); de ahí la tremenda complejidad de las mitologías que, elaboradas a lo largo de los siglos para explicar tantas y tantas circunstancias enigmáticas, van desplegando un sinfín de deidades, mayores y menores, y de historias que a menudo se solapan, se confunden unas con otras y se contrarían unas a otras.

3.1.3 Filosofía

Ese mundo incierto e inseguro, poco a poco, a medida que los hombres se afianzan en él, organizan sus relaciones y sus instituciones se vuelven más estables haciendo que se sientan más seguros y ganen confianza en sí mismos, se va tornando más claro y ordenado. Se empieza a percibir un orden en el mundo; un orden incompatible con la percepción arbitraria e inconsistente del mismo que ofrecía la mitología; un orden perceptible entre los objetos más dispares y alejados entre sí. El orden que siguen los astros en su movimiento, el orden de las estaciones del año, el orden entre los astros y las estaciones, entre las estaciones y el mundo vegetal, entre las estaciones y el mundo animal... El orden...



Decía Aristóteles que la Filosofía surge del asombro y no hay nada más asombroso que el orden. Ningún desorden exige una explicación, pero cuando nos encontramos ante una realidad ordenada, por simple que sea (un dibujo en el desierto, p. ej.), inmediatamente nos preguntamos a qué se debe y suponemos que tiene que obedecer a alguna razón.

De modo que podemos imaginar el asombro que experimentaron los primeros filósofos al percibir el universo entero como una totalidad ordenada, como un inmenso engranaje en el que cada cosa ocupaba el lugar que le correspondía en el orden total, que los fenómenos ocurrían de manera regular y constante, cómo y cuándo tenían que suceder, a su debido tiempo, siguiendo un ritmo preciso, en armonía unos con otros. La admiración que supuso esta nueva percepción de la realidad se manifiesta en el nombre con el que se referían a esta realidad percibida de una manera totalmente nueva: el Kosmos (la palabra “Kosmos” en griego significa “orden”). El Orden; así, con el artículo determinado, el conjunto ordenado de todas las cosas, un conjunto armonioso y bello que ponía de manifiesto un equilibrio inteligente. Inteligente e inteligible, porque el ser humano participaba de él de una manera especial dada su capacidad de contemplarlo, de percibirlo como tal, más aún, de entenderlo. El instrumento para dar cuenta de tal descubrimiento no podía ser otro que la propia razón, nuestra capacidad de comprender el orden cósmico, de discernir su razón de ser.

En el relato de la Odisea, de Homero (s. VIII a. de C), vemos al hombre enfrentarse a los mismísimos dioses y salir airoso del reto. Prototipo de la nueva mentalidad que está empezando a forjarse, Ulises representa una nueva concepción del hombre y del mundo. Un hombre capaz y osado, convencido de sus posibilidades que le son proporcionadas por su mente ágil, su astucia, su inteligencia. La razón sustituye así a la imaginación.



¡Con qué entusiasmo se consagraron a la tarea! A partir de los albores del siglo VI a. de C. en el lapso de siglo y medio viejas preguntas adoptaron innovados planteamientos, otras muchas originales surgieron, se renovaron las explicaciones y multitud de nuevos conceptos fueron alumbrados.

La confianza en las posibilidades de conocimiento de la mente humana supuso la paulatina sustitución de la mera imaginación por la razón. El nuevo conocimiento implicaba exigencias nuevas: **coherencia**, frente a la proliferación de mitos que se entrelazaban unos con otros muchas veces contradiciéndose mutuamente; **sistematicidad**, consecuencia de la exigencia de coherencia y reflejo del orden cósmico, las explicaciones racionales se relacionan también unas con otras en un conjunto armonioso en el que cada una extiende sus redes hasta encontrarse con las demás y así completarse y complementarse mutuamente; **radicalidad**, pues no encuentra satisfacción sino hasta llegar hasta las causas últimas; **universalidad**, pues trabaja con conceptos abstractos que extienden su dominio hasta la totalidad de las cosas; **tolerancia**, porque es de la proliferación de ideas y del respeto por las opiniones ajenas de donde surge la diversidad de planteamientos, la confrontación enriquecedora y las soluciones innovadoras; **metódica**, siguiendo rigurosamente el camino previamente trazado, sin saltos ni atajos que lo faciliten o lo dulcifiquen; y **crítica**, actuando como un juez severo y estricto implacablemente atento a los delitos cometidos contra la razón, a las falacias, a las imprecisiones, a las contradicciones.

Es precisamente este espíritu crítico, periódicamente renovado a lo largo de la historia, de donde surge el avance y el progreso en la búsqueda del saber.